



SEGUNDA SERIE.—1866.

Fachada de la iglesia de Santa Cruz en Coimbra.

AÑO XXIV. 7.

COIMBRA.

LA IGLESIA DEL CONVENTO DE SANTA CRUZ.

Coimbra es la ciudad universitaria de Portugal. Allí acuden de todas partes del reino la juventud estudiosa, allí vienen de la Madera y de las Azores para perfeccionar y terminar su instruccion.

Fundada en 1290 por el rey Diniz o Labrador (el Labrador), tal vez por la inspiracion de un francés, Aimeric d'Esbrard, hijo de Guillermo d'Esbrard, señor de San Sulpicio en Quercy, la universidad de Coimbra fué trasladada en 1308 á Lisboa; empero en 1537 Juan II la volvió á las márgenes del Mondego, donde ocupa sin duda y con títulos permanentes y definitivos, las vastas construcciones llamadas *Paços reais das Escolas*, Palacio real de las Escuelas.

Osténtase en anfiteatro la ciudad sobre una montaña rodeada de hermosas calzadas que suben á calles interiores, estrechas y casi perpendiculares. Las calzadas (*coraça de Lisboa* y *coraça dos Apostolos*) y las calles van á parar á la llanura donde la Universidad, teniendo á su derecha la capilla y la biblioteca, en frente el Observatorio y á la izquierda el colegio de San Pedro, domina la ciudad y el silencioso curso del Mondego. Estos diferentes edificios forman un vasto recinto, comunicando con la calle Ancha por una puerta enverjada (*Porta ferrea*) y por medio de la escalera de Minerva, con la ciudad baja.

En cuanto á su armonía arquitectónica, el palacio de la Universidad no deja de presentar justos y fundados motivos de crítica.

Servia en otro tiempo de habitacion á los reyes, pero en vista de su nuevo destino actual, se han hecho sucesivamente en él grandes cambios en sus disposiciones generales ó particulares, y añadiéndose nuevas edificaciones al plan primitivo, y estos diversos trabajos han sido ejecutados con tan poco orden y gusto, que han producido generalmente las desproporciones mas chocantes.

La calle Ancha conduce al extremo de la plaza y sucesivamente delante de la nueva catedral, en otro tiempo iglesia de los Jesuitas, al Museo, al Laboratorio Químico, al Colegio de Artes hasta el arco del Castillo, y al Jardín Botánico.

Este jardín, al que forman como un cuadro los edificios del monasterio de Benedictinos, de los conventos de Carmelitas y de Santa Ana, el Seminario, Observatorio, Universidad, y un acueducto que data de los tiempos del rey don Sebastian, enriquecido con estatuas monumentales, adornado de espaciosas escalinatas, inmensas terrazas, plantado de colosales y exóticos árboles, es un paseo bajo todos conceptos digno de las mas poderosas capitales.

Aquí á decir verdad es donde termina la ciudad. Sin embargo, si se sube á la pequeña colina donde se halla el convento de monjas de Santa Ana, se encuentra desde luego el monasterio y la linda iglesia de los Caballeros de Cristo, y en seguida el convento de Santa Teresa.

Desde allí se puede volver al Jardín Botánico, mas entonces hay que dar vuelta á la colina y seguir una modesta senda, desde donde la vista descubre una llanura cubierta de olivares, y el Mondego guarnecido de arena amarilla, y al otro lado del rio fértiles campiñas, cerros cubiertos de

viñedos, y los conventos de San Francisco, el de Santa Clara, y, por último, una nube de habitaciones donde la alta nobleza, la clase media y hasta el ocioso fidalgo van á pasar los meses de verano.

Al bajar de la Universidad se puede visitar la antigua catedral San-Cristovam, que hoy es una simple parroquia. Es un edificio sarraceno, que han mutilado de un modo singular numerosas restauraciones.

Se ve en esta iglesia el sepulcro del muzárabe Fernando, conde de Coimbra.

San-Cristovam está situado á la mitad de la cuesta, un poco mas arriba de la ciudad baja, y se va allí por una escalera de algunos escalones, y una calle que á su gran pendiente debe su bien merecido nombre de Rompe-Costillas (*Quebra-Costas*).

En la ciudad baja habitan los estudiantes y los catedráticos y profesores, y la ciudad alta la ocupa el comercio y la poblacion fija. La ciudad baja se estiende á lo largo del Mondego por dos calles principales *Calçada* y *Santa-Sophia*, y por otras menos importantes que en sus crecidas visita el rio en el invierno convirtiéndolas en un canal.

Al medio dia la *Calçada* sirve de punto de reunion á los estudiantes y á la gente acomodada.

Santa-Sophia es sobre todo notable por los conventos que forman esta calle. El mas célebre es sin contradiccion alguna el de Santa Cruz, del órden de San Agustin, suntuoso monumento detrás del cual se prolongan las inmensas praderas de un rico parque con cascadas de agua viva, y que un estanque, ó mas bien un verdadero lago, llena de una agradable frescura.

La fachada de la capilla ha sido desfigurada por la deplorable agregacion de un pórtico, cuyas molduras romanas cubren y ocultan un antiguo portal construido en tiempo del rey Manoel. Además está muy desgastada la fachada, lo que consiste en que el revestimiento es de piedra de Ancaa, que se deshace rápidamente á la influencia de la atmósfera.

En su interior al lado del altar mayor se alzan dos soberbios mausoleos, que contienen los despojos de los dos primeros reyes de Portugal Alfonso y Sancho.

Estos sepulcros, contruidos por órden de don Manoel, son del gusto y ornamentacion á que este principe ha dado su nombre.

Hay en el coro una silleria de madera de esquisito trabajo artístico, y que revela su procedencia alemana, asi como las estatuas de la fachada del templo demuestran tener igual origen.

Son muy curiosos y dignos de visitarse los claústros del convento.

En el que hay inmediato á la iglesia, es notabilísimo entre otros adornos una inmensa pila de mármol.

Después del locutorio se prolongan las galerias del claústro principal, el que está adornado con capillas.

Por último, el claústro designado con el nombre de *da Manga*, de la Manga, es célebre por una circunstancia bastante curiosa.

Cuando el rey Juan III hizo continuar los trabajos de su predecesor en 1527, dibujó sobre su manga el plano de esta parte del edificio, cuyo carácter particular se admira.

La fundacion del convento de Santa Cruz se remonta á los primeros tiempos de la monarquía portuguesa.

Don Tello habia estudiado en Jerusalem el instituto de los Canónigos del Santo Sepulcro, y quiso fundar un establecimiento igual en su pais, y no encontró para ello sitio mejor ni mas proporcionado que Coimbra.

Allí vino á fijarse el 24 de febrero de 1132 con sus compañeros, cuyo número no tardó en aumentar el rey Alfonso hasta setenta y dos.

No es indiferente el consignar que una parte de las rentas del convento contribuyó á la fundación de la Universidad, de la que siempre fué el abad de Santa Cruz cancelario de derecho.

Sobre la otra orilla del Mondego se hallan los conventos de San Francisco y de Santa Clara.

En este último se conserva en un magnífico sepulcro el cuerpo de Santa Isabel de Portugal.

A poca distancia de allí la *Quinta das lagrimas* (Palacio de las lágrimas) atrae al viajero. Allí la esposa de don Pedro I, la célebre doña Inés de Castro, cayó bajo el puñal de los asesinos, que no bastaron á desarmar ni la juventud ni la belleza de su víctima, ni los gritos de sus tiernos y desventurados hijos.

Las ninfas del Mondego recordaron por muchísimo tiempo con lágrimas en sus ojos esta muerte, y para que se conservara eternamente su memoria, transformaron en una pura y cristalina fuente las lágrimas que vertieron. La dieron su nombre, que aun dura hoy.

«Mirad cuán límpida agua
Riega estas hermosas flores!...
Lágrimas son que lloraron
Desventurados amores!...»

Así cantó un poeta salido de la Universidad de Coimbra, el primer poeta portugués, el célebre é infortunado Camoens, que, dicho sea de paso, murió pobrísimo en una cama del hospital de aquella ciudad.

UNA VELADA EN EL SIGLO XII.

(Continuacion).

III.

Cuando Gilberto Becket tuvo en su poder la joven abandonada que tantos afanes le costó, empezaron á desvelarle cavilaciones de otro género, ocasionadas también por aquella hija de Agar tan apegada á su fortuna. Ya no había que temer al marido sin calor ni al dueño sin títulos de posesión; el mal justamente podía originarse de causas opuestas en un todo; y era bastante el íntimo y continuo trato en que precisamente tenía que vivir nuestro gentil-hombre con una trigueña, de ojos negros, dotada con la sencilla desenvoltura de las mujeres orientales, para ponerle en guardia contra los ardides del enemigo común, pues yo sospecho, aunque nunca llegó á confesármelo, que mas de cuatro severas penitencias tuvo que imponerse el piadoso cruzado, en descargo de los malos deseos escitados en su mente por la falta de recato natural en una muchacha acostumbrada á no ser vista de ningún otro que su padre. Por este motivo y creyéndose insuficiente para completar la instrucción religiosa, que por altos juicios de la Providencia había comenzado, dispuso salir del Cairo á la mayor brevedad, y pasando por Jerusalem, donde se detendría apenas á dar cuenta al soberano de varios asuntos, solo buenos para tratados de palabra, depositar á

Azzahara en el convento de religiosas lazaristas de Belen (1), entre las que fijaría su dichoso porvenir, consagrando á Jesucristo una juventud destinada á bien diverso estado. Pero fué el caso que la niña, á quien su vocación no llamaba á encerrarse en clausura, oyó la propuesta con mal semblante á lo primero, con los ojos preñados de lágrimas después, hasta que no pudiendo mas, rompió en amargo llanto acompañado de iguales ó parecidas razones:

—¡Oh señor y dueño de mi vida, brillante sol que alumbró las tinieblas en que vagaba desatentada para eclipsarse de improviso haciendo mas densa la oscuridad que ha de cercarme en adelante! ¿por qué me quieres separar de ti? ¿Dónde hallarás otra que con igual solicitud te acompañe en el regocijo, asista tu enfermedad, sufra sumisa tus arrebatos de impaciencia ó desarrugue tu frente cuando algun mal genio esparza en ella la negra melancolía tan desconsoladora para el hombre abandonado á sí mismo? Mira que no vas acertado en lo que meditas, pues has de saber que allá en el emirato de Saida los principales cheikes me solicitaban por esposa, estimulados de la fama de bella sin igual esparcida en todo el país por las que habían podido contemplarme. En este caso llegaba mi padre pensativo á sentarse en el diván de su harem: pedía un helado de frutas sazonado con especias y cuando había tomado cosa de la mitad bajaba el rostro hacia su esposa, que sentada á sus pies aguardaba sus palabras y la decía así:—Mujer, Sidi-Almondar (por ejemplo) quiere casar con nuestra hija, dime lo que te parece.—Entonces mi madre me llamaba, y sentándome sobre sus rodillas apartaba los rizos que sombreaban mi frente, contemplaba un instante mi rostro con éxtasis delicioso, me comunicaba su cariño besándome con pasión y mostrándome á su marido esclamaba con dulzura:—¡Es muy pequeño el rapaz lobo de las cavernas del desierto para alcanzar nunca el dulce fruto de las palmeras de Cedar!—Ahora bien, recordando dias pasados los referidos pormenores, se detuvieron mis ojos ante aquel espejo de acero que adorna tu habitación, y puedo asegurarte que aun refleja el semblante de tu sierva gracias de precio mas subido que cuando tan solicitada se veía. Y siendo esto verdad ¿por qué desechas locamente el bien que tantos apetecieron, guardado para ti sin duda por la fortuna? ¡Oh nazareno, házme la compañera de tu vida y yo te ofrezco en cambio un tesoro de amor y ventura que ni siquiera puedes imaginar!

—Cesa, desvariada, cesa, interrumpió Gilberto, afectado en extremo, aunque sin dejar al semblante revelase la turbación del alma, esa misma pasión que en mal hora concebiste es la causa principal que impedirá vivamos nunca inmediatos uno al otro.

—Al oírte discurrir con tanto reposo, dudo si es un hombre á quien estoy hablando, ó si quizá el hielo de la frígida Europa circula por tus venas en vez de sangre, pues que si un resto de calor animase tu corazón no te fuera dado pronunciar esas crueles razones, dichas para mi mal y que nunca podré comprender, añadió la joven cada vez mas bella en su desconsuelo.

—Las comprenderás cuando sepas que segun la religion divina que profeso, he recibido por esposa en mi país á una dama de singular merecimiento, á cuya sola mujer debo fidelidad constante, sin que me sea licito ni aun escuchar pláticas amorosas de ninguna otra. Este sagrado compromiso, justificado por la sensatez y la naturaleza, pues

(1) Bethleem, segun la geografia antigua.

lo contrario no es otra cosa que la prostitucion impuesta á tu sexo por la tiranía y torpes celos del mas poderoso, debe hacerte conocer que á mi lado únicamente podrás hallar un protector amigo al par que severo, cuyo consejo siempre te guiará por el camino del bien.

—¡Pobre esperanza mía que un violento desengaño disipó de improviso! exclamó Azzahara cayendo en el desfallecimiento, ya no debo dudar: seguiré resueltamente la carrera dolorosa que señalas cual término fatal á mi destino, pero acompañada de ti. Esa mujer afortunada á quien has consagrado tu primer cariño debe siempre mandar, yo obedecerla con el afecto de una sierva agradecida, con la fidelidad de un perro leal, sin proferir una queja, sin lanzar un suspiro, enjuto el llanto en las mejillas, risueño el semblante á la vista de vuestro mútuo cariño, pues al tratar de importunaros faltarán palabras á mis labios, aliento á mi pecho, encontraría agotado en mi corazon el manantial de las lágrimas, y el temor de causarte desagrado ahuyentará de tal manera toda sombra de tristeza de mi rostro que, cuando sentada á la puerta de tu aposento espere abandonos el lecho para felicitarte el día que comienza, fíjese en mí la vista sin repugnancia diciéndome al pasar: —Bien, Azzahara; Dios te guarde.

—¡Oh, qué proyectos tan engañosos te sugiere la ardiente fantasía para fomentar el fuego criminal que en mal hora se apoderó de nuestras almas! porque, sábelo de una vez, incauta doncella ¡imaginas por ventura, que no he necesitado esfuerzos sobrehumanos para resistir tanta belleza y tanta pasión? Juzgas que no he tenido que sostener terribles luchas contra mi rebelde voluntad, impulsada naturalmente á libar contigo esa copa deliciosa con que me convidaba tu cariño? Mas al cabo, puesta la mente en Dios, alcancé reducir á la ley del deber las viciosas inclinaciones, hallándome hoy determinado á que el tiempo y la distancia completen la victoria conseguida por el espíritu sobre la materia. Si, en las campañas de amor siempre los que huyen han alcanzado el triunfo, lo contrario es cubrir el incendio bajo ceniza para verle cuando menos se piensa reproducido con mayores bríos. Prepárate, pues, á marchar dentro de breves días al santo monasterio donde tu alma inocente, hoy agitada por diversas emociones, encontrará la paz que perdió en hora menguada. Allí, la cariñosa solicitud para contigo de las santas mujeres que lo pueblan; el sencillo candor de la mayor parte, y el ejemplo de algunas otras, heroínas sublimes contra los ímpetus de un corazon apasionado, unido á las dulces y consoladoras instrucciones de la verdadera fé que casi ignoras, te proporcionarán tranquilo porvenir, hasta el punto de causarte admiración y extrañeza el recuerdo de tu agitación actual. Pero si el Señor no juzga agradable tu sacrificio; si por ventura quisieres abandonar el asilo que ahora te proporciona, nada temas, el yugo que la religion impone es tan ligero que basta desearlo para verse libre de él; solo exijo que permanezcas un año en reclusión; pasado este plazo las puertas se abrirán ante tí, quedarás árbitra de tu suerte y las personas á quienes te dejaré encargada cuidarán de que sea lo mejor posible.

—Y mientras ¿dónde estarás tú?

—En tanto yo, vuelta la prora á la isla de Bretaña y la espalda á Tierra Santa, rogaré por el sosiego perdido de la hermana que dejo en ella.

—¡Un año, un año de ausencia! ¡sin verle! ¡qué inmensidad! decía murmurando Azzahara, al retirarse Becket despues de haber expresado su irrevocable determinación.

IV.

Cuando supe que Gilberto, continuó el peregrino, estaba decidido á partir en breve, fíjeme por dichoso en poder dar la vuelta á Europa acompañado de quien llevaba casi igual itinerario que yo tenía dispuesto seguir, para visitar algunos de los muchos santuarios célebres en las islas Bretonas, antes de soltar el báculo de viaje en la humilde parroquia donde recibí el nombre de cristiano. El caballero por su parte dióse por muy satisfecho cuando conoció mi proyecto y acelerando los preparativos con toda diligencia, poco tiempo despues surcábamos en un ligero esquife el brazo del Nilo situa'lo mas al Occidente, con ánimo de penetrar en el canal que pone en comunicacion el Cairo con Alejandria, en cuya última ciudad tomaríamos pasaje para el puerto de Joppé á bordo de alguna galera veneciana ó genovesa, de las muchas dedicadas al comercio entre la Italia y Palestina. De esta manera evitábamos las incomodidades de una travesía por la tierra abrasadora del Egipto en la estación calurosa, desembarcando directamente en país ocupado por las armas cristianas que pudieran proteger nuestra marcha.

Realizado este deseo en su primera parte, un mar tranquilo y un viento plácido contribuyó á completarle llevándonos delante de Joppé ó Jaffa, donde anclamos despues de haber saludado el día anterior al sagrado monte Carmelo. Héme aquí en el puerto donde abordaban las escuadras del rey Hiram cargadas de cedros para el templo que Salomón hacia construir; aquí tambien se embarcó el profeta Jonás huyendo de la cólera del Señor, y en Joppé fué donde San Pedro resucitó á la viuda Tabitha. Digan otros los frecuentes lances de guerra acontecidos en ella, á mí solo corresponde apuntar los recuerdos que despierta su nombre en el alma piadosa.

A medida que nos acercábamos al sitio donde Azzahara debía separarse de nosotros, su tristeza tomaba un carácter mas concentrado: muchos ratos permanecía inmóvil sentada bajo la sombra de algun árbol con los brazos caídos y las manos cruzadas, fija la vista en el suelo, agena á cuanto pasaba á su alrededor: por el movimiento de sus labios parecia que oraba fervorosamente. Un día que se hallaba mas abstraída que nunca, la dije con objeto de volverla en sí, tratando de imitar su lenguaje poético y figurado:

—Escucha, rosa de Iskanderich (1): el nazareno de la barba dorada (así acostumbraba nombrar á Gilberto) falleció de pesar al verte sin consuelo; pero la resignación que manifiestas ha sido favorable á su salud cual regalado bálsamo: eres firme en la adversidad como el carbunclo del Sind es impenetrable al diente de los escorpiones: tú lucirás como él, abrillantada por el terrible lapidario que se llama dolor.

Entonces ella fijando en mí sus rasgados ojos, movió la cabeza lentamente á uno y otro lado diciéndome con ternura:

—Veo que no lo entiendes, hombre de inteligencia sencilla; nada sé de lo que pasa en otras partes, pero aquí en Oriente has de saber que el corazon de las mujeres es como los arenales de la llanura: advierte qué lisa está la superficie, qué blanco y fino es el polvo que la compone; parece que su fondo debe hallarse tranquilo, sin calor ni movimiento; mas profundiza tan solo algunas pulgadas y

(1) Alejandria.

verás exhalarse ardientes emanaciones, indicio seguro del fuego que se oculta bajo aquella tersa cubierta. Sin duda ignorando esta cualidad has juzgado tranquila indiferencia la reserva que guardo con tanta pena; pero déjame a solas con mi sentimiento y no quieras hacer que asome a los ojos el loco arrebató que me priva de razón.

Con viva impaciencia deseaba yo llegase el momento de partir, pues era notorio que la tardanza hacia cada vez mas embarazosa la situación de mis dos amigos. Por fin, incorporados a una caravana que se dirigía a las orillas del Jordán salimos de la ciudad por la puerta del Mediodía, emprendiendo nuestro camino por entre unos deliciosos jardines de granados, higueras de Faraon, limoneros, palmeras y bosquecillos de nopales y manzanos. Entramos luego en el llano de Saron cuya fertilidad alaba la Escritura; en aquellos días estaba cubierto de tulipanes cuyos variados colores formaban agradable visualidad. Las flores que durante la primavera tapizan estos célebres campos, son las rosas blancas y encarnadas, los lirios nacarados y amarillos, los alhelios y una especie de siempreviva muy fragante. Esta llanura se extiende por toda la costa del mar desde Gaza al Mediodía hasta el monte Carmelo al Norte; hacia Levante la ciñen las montañas de Judea y de Samaria. A la mitad del camino atravesamos un olivar plantado por los compañeros de Godofredo de Bullon. Desde aquí se descubre la ciudad de Rama ó Ramlé, situada en una posición deliciosa al término de una estensa vega. Antes de penetrar en la ciudad nos apartamos del camino, y atravesando un pequeño bosque de nopales, llegamos a un hermoso edificio convertido en monasterio actualmente, rodeado de una especie de pórticos muy semejante a los que se ven en las ruinas de algunas construcciones de la antigua Roma. Es tradición que la Santa Familia se detuvo aquí en su huida a Egipto.

Después de visitar aquellos lugares bajamos a descansar al pueblo, antigua Arimathea y patria de aquel varón justo que tuvo la dicha de dar sepultura al Salvador. Lydda ó Diospolis, que es una aldea distante media legua, fué donde San Pedro hizo el milagro de la curación del paralítico. Salimos de la ciudad y después de haber caminado cosa de dos horas por un terreno desigual, comenzamos a entrar en las montañas de Judea pasando por una rambla que rodea una colina árida y aislada. Encima de ella se ve un lugarejo arruinado que se llama del *Latroun* ó del Ladrón, porque en efecto allí vino al mundo San Dimas ó el Buen Ladrón, que imploró la misericordia del Señor en su última hora. Tres millas mas lejos comenzamos a penetrar en los montes, siguiendo siempre el desfiladero formado por la rambla. La noche había cerrado completamente, y solo algún pálido reflejo de luna en su menguante alumbraba la hondonada, cuya soledad hacia mas imponente el áspero gruñido de los jabalies que oíamos cerca de nosotros. Al considerar aquellos parajes estériles y desiertos se comprende muy bien porque la hija de Jephthé quiso llorar sobre los montes de Judea y por que los profetas iban a lamentarse en los sitios encumbrados. Cuando amaneció nos hallamos entre montañas de forma cónica, semejantes entre sí y unidas unas a otras por su base. Llegados a lo mas alto de las rocas seguimos la ruta donde comienza el valle de San Jeremías, hasta detenernos en la aldea del mismo nombre donde se cree nació el autor de las *Lamentaciones*: sea cierta ó no esta creencia, es indudable que la tristeza sublime de estas soledades parece que respira en los cánticos del inspirado profeta del dolor.

Desde el valle de Jeremías bajamos al del Terebinto, que es mas hondo y estrecho y tiene algunas viñas y cañaverales. Pasamos el torrente donde David siendo mancebo tomó las cinco piedras con que mató a Goliath, y descubrimos a lo lejos en la cima de un encumbrado monte el pueblo de Naplusa, que es el Sichem del reino de Israel y el Neapolis de los Herodes. Seguimos internándonos en aquellos desiertos donde solo hallábamos de cuando en cuando algunas higueras silvestres, que sombreaban escasamente campos áridos cubiertos a trechos de yerba medio agostada donde pacían manadas de asnos cuya hermosura me recordaba el onagro de la Escritura. Mas pronto el terreno comenzó a mostrarse desnudo de toda vegetación y mas encumbradas y áridas las montañas, cuyo color era de un rojo inflamado. Una hora anduvimos trepando hasta llegar a un desfiladero, y otro tanto caminamos por la meseta que se forma encima, estéril así mismo y llena de gujarros. De improviso y al extremo de esta llanura se ofreció a mi vista una línea de murallas bizantinas flanqueadas de torres cuadradas, detrás de las cuales se distinguían algunos edificios. Los guías musulmanes exclamaron en árabe ¡*El-Cods!* La Santa (Jerusalén) y se apearon humillando su frente en la tierra.

Entonces esperiménté la emoción que había oído contar a varios cruzados y peregrinos les embargó al descubrir la ciudad deicida. Yo me quedé suspenso mirándola fijamente y recordando toda su historia desde Abraham hasta Godofredo: reflexionando la suerte del linaje humano enteramente cambiada por la venida del Hijo del Hombre y buscando en vano aquel templo del cual no queda *pedra sobre piedra*; aquella nación hoy sin patria ni altar, esparcida por el universo hasta la consumación de los tiempos, como testimonio del cumplimiento de la verdad eterna. ¡Magnífico desierto animado por un pueblo de recuerdos sublimes, donde aun parece revelarse la grandeza de Jehová y los terrores de la muerte, antes me faltará el entendimiento que te apartes de mi memorial!

Entramos en Jerusalén por la puerta de David, y ¡ojalá pudiera en esta ocasión describir, aunque fuese ligeramente, los sagrados lugares encerrados dentro de sus muros! Pero el tiempo avanza y el relato seria largo y ajeno al fin que me propuse desde luego; bastará solamente apuntar los sitios mas célebres encontrados a nuestro paso, y sin embargo de tal reserva, puede que no sin motivo se me acuse de narrador difuso.

DIONISIO CHAULIÉ.

(La conclusion en el número siguiente.)

DE LOS MORMONES.

SECTA POLÍTICO-RELIGIOSA DEL NORTE-AMÉRICA.

(Continuacion.)

El hombre es el ser mas grande y misterioso de la naturaleza, y su inteligencia, hermanada con la fuerza de su imaginación, llega a encarnar en el fondo de su alma los embustes y las patrañas que él mismo ha inventado para engañar a los demás, en términos tan perentorios y con tantas apariencias de verdad, que por último acaba por someterse voluntariamente y con plena convicción a lo que ha inventado. En fin, en casos semejantes, tan estraordi-

narios como inconcebibles, el impostor se convierte en alucinado, y cree en los vaticinios, en las profecías, en la realidad de los embustes que ha forjado.

José Smith, jefe y fundador de la secta de los Mormones, confirma nuestro aserto, y la constancia, la resignación y el celo, que manifestó en su supuesto é imaginario sacerdocio, tenían algo de sobrenatural, porque llevado en alas de su fanatismo, salvaba todos los obstáculos que se oponían á la realización de su nuevo evangelio. La historia de sus sufrimientos y de sus persecuciones, nos revela en Smith y en su carácter un tinte de la antigua firmeza apostólica en los primeros siglos del cristianismo; pero los principios antisociales y hasta cierto punto impíos de su secta, siendo un testimonio muy claro de que José Smith no fue nunca inspirado por el espíritu divino, nos obligan á convenir en que comenzó por ser embustero, y acabó por ser víctima de sus ilusiones.

Nosotros, habiendo dado en nuestros artículos anteriores una idea bastante extensa del origen de la secta de los Mormones, y de las primeras extrañas y supuestas revelaciones de José Smith, vamos ahora á consignar en estas columnas otros hechos curiosos, que se refieren, mas ó menos directamente, al gran profeta. Entre ellos merece, á nuestro entender, un lugar muy preferente el que insertamos á continuación, transcribiendo, traducidas al castellano, las mismas palabras de José Smith.

«En una noche del mes de marzo, estando yo en una aldea del Misuri, llamada Hiram, llevado únicamente del santo deseo de asistir á mis cohermanos enfermos, fui despertado por un gran ruido y descompasadas voces, que gritaban: ¡asesinarle! ¡asesinarle! En aquel mismo instante fui transportado con violencia fuera de mi casa por seis hombres: unos me tenían fuertemente asido del pelo; otros, de la camisa; otros, de los calzoncillos; otros, de los brazos; otros, de las piernas. Mi casa fué invadida repentinamente por mucha gentualla, y me vi presa de un populacho desenfrenado y furibundo. Tan luego como conocí mi triste situación, comencé á luchar con fuerza y violencia; pero no pude hacer mas que dar un gran puntapié á uno de los que me habían cogido: el hombre cayó y quedó postrado en el suelo. Entonces sus compañeros se enfurecieron más, y despues de haber prorumpido en atroces amenazas, me dijeron, que me matarían en aquel mismo instante si me atreviera á repetir aquel acto: me vi en la dura necesidad de quedar tranquilo. En tanto el hombre á quien yo habia dado el puntapié, me aplicó con violencia en el rostro su mano toda ensangrentada, porque habia recibido el golpe sobre la nariz: «Hola, me dijo con ferocidad y rechinando los dientes, sabré yo como sujetarte.» Las palabras iracundas de ese asesino, escitaron aun mas la cólera de sus compañeros, y todos me cogieron por el pescuezo con tanta fuerza, y me apretaron la garganta con una violencia tan brutal, que me vi próximo á morir ahogado. Yo lo sufría todo con resignación y paciencia; pero no queriendo perder la vida, intenté ablandar su cólera, diciéndoles que esperaba que me tendrían lástima, y que no darian muerte á un hombre que en nada les habia ofendido. Me contestaron con voz ronca: «Encomiéndate á Dios, si quieres, nosotros no te tendremos lástima.» En tanto salió un individuo muy mal vestido, y que parecia un sepulturero, de en medio la gran multitud que me rodeaba, llevando una tabla larga y ancha, que podia servir de camilla á un enfermo ó de féretro á un cadáver. Yo sospeché que seria el lecho fúnebre que acababan de

prepararme mis asesinos. Nuevos gritos, que decían: «¿Se le mata, si ó no?» dieron visos de certeza á mis sospechas. Al alboroto y á la gritería, sucedió un momento de silencio, y yo vi que algunos de los que parecían jefes y directores del motín, se separaron de los demás, y se constituyeron aparte en sesión permanente para discutir y fallar sobre algun negocio muy grave. Aunque distantes, algunas de sus palabras, que llegaron á mis oídos, porque hablaban en voz alta, me dieron á entender, que discutían acaloradamente acerca de mi muerte; pero al cabo de una media hora supe que habian determinado apalearme, dejándome en vida desnudo y sin abrigo sobre el suelo, que á la sazón estaba cubierto de nieve. Uno de ellos, que parecia mas cruel y audaz, dijo: «¿En dónde está el cubo de la pez?—No lo sé, contestó otro.—¿En dónde lo ha dejado Elia?» En fin, fueron á buscarle, lo encontraron, y una voz dijo: «Vamos á embrearle la boca.» Con efecto, intentaron darme una cucharada de pez derretida; pero yo, volviendo y revolviendo con violencia la cabeza á derecha é izquierda, les impedi realizar su infame deseo. «¡Por vida de Baco! gritaban todos: no menees tu cabeza, queremos que sorbas un poco de este caldo.» Luego intentaron introducirme en la boca una pequeña redoma, y tampoco pudieron lograrlo, porque yo tenia fuertemente cerrados los dientes, y la redoma acabó por quebrantarse, no pudiendo vencer aquel obstáculo. Me rompieron todos los vestidos no dejándome mas que el cuello de la camisa; y uno de aquellos malvados se lanzó contra mí como un gato bravo; me arañó con sus uñas todo el cuerpo, y me dijo en tono de burla y acompañando sus palabras con una sonrisa infernal. «¡He aquí como descende el Espíritu Santo sobre la cabeza de las gentes!» Por último me dejaron; pero tan molido, que despues de haberme levantado y caído en el suelo dos ó tres veces, pude á duras penas, y casi arrastrándome, llegar á mi casa. Las gotas de pez que llevaba pegadas sobre mi pobre persona, parecían manchas de sangre, y mi esposa creyendo á primera vista que me habian herido y despedazado, se desmayó. Vuelta en sí conoció su engaño, y tanto ella como algunas vecinas caritativas y bondadosas, me suministraron todos los recursos y todas las ayudas que necesitaba mi triste situación.»

Todos los Mormones, y con especialidad José Smith, fundador de la secta, y su hermano menor, eran muy odiados por los habitantes del Misuri, como queda consignado en nuestro artículo anterior; y estos, no contentándose con hostigarles á cada paso con saña y abinco, se habian propuesto destruirles para acabar con los Mormones, privándoles de su apóstol y gran profeta. Le acusaron, pues, de traición, homicidio y felonía, y obtuvieron contra José Smith y su hermano un auto de prisión. En esta circunstancia nuestro apóstol, lejos de acobardarse, cobró nuevo valor, y desde el fondo de su lóbrego y hediondo calabozo, no dejaba de prodigar con sus palabras y sus escritos consuelos á sus sectarios, diciéndoles que tenían en su abono el amor inefable y las promesas del Todopoderoso, que no les abandonarían nunca. Las persecuciones y las desgracias que atravesaban, no eran mas, segun José Smith, que el cáliz de las amarguras y el gran crisol, destinados á purificar las almas de los hijos del Señor, de sus hijos predilectos y de todo el pueblo, voluntariamente sometidos á los mandatos celestes y á los oráculos que Dios les transmitía por conducto de su apóstol Smith. Con efecto, aunque cautivo, dirigía los negocios temporales y el gobierno espiritual de

los Mormones, que ejecutaban obedientes y silenciosos todas las órdenes de su jefe. Su manifiesto, dirigido al obispo Partridge, durante su detención y la de algunos de sus compañeros, es uno de los documentos mas memorables y curiosos entre los muchos que tenemos á la vista acerca de los sufrimientos y las persecuciones de los Mormones. Nosotros vamos á dar su extracto, no permitiéndonos insertarle íntegro los límites muy reducidos de este periódico.

PRISION DE LIBERTAD, CONDADO DE GLAY-MISURI.

«Al obispo Partridge, á la iglesia de Jesucristo, de los santos de los últimos días (1), á los que van dispersos en todas las comarcas vecinas, vuestro humilde servidor, Smith, el joven, prisionero por la causa del Cristo y de los santos, prendido y aprisionado por la violencia y el poder del populacho bajo el reinado exterminador de su esclencia el gobernador Libur: W. Bogs, y tambien sus compañeros de cautiverio y sus bien amados hermanos; Culeb, Balduin, Liman Wight, Hiram Smith y Alejandro Mac Roë os envían sus respetos. Pueda la gracia de Dios Padre y de nuestro Señor y Redentor Jesucristo reposar sobre todos vosotros, y permanecer siempre con vos. Que puedan habitar con vosotros todos la fé, la virtud, la ciencia, la moderación, la paciencia, la piedad, la fraternidad, la caridad, á fin de que no seáis estériles y sin fruto: que estas santas y buenas cualidades no os abandonen jamás. Si los ciudadanos del Misuri no hubiesen ultrajado á los santos, y si se hubiesen manifestado tan deseosos como nosotros de la paz, no habríamos tenido mas hasta el presente día que paz y quietud: nosotros estaríamos muy lejos de encontrarnos en tan miserable terreno y en tan triste situación y agobiados del peso, que nos impone una sociedad de demonios, los cuales bajo un aspecto humano, aunque de índole diabólica, nos afligen. Es muy triste nuestra condición, y nos vemos obligados á oír maldiciones y blasfemias, y á ser testigos de escenas horribles, efecto de la embriaguez y de toda especie de desmanes y desarreglos. Los lamentos de los huérfanos y de las viudas; si estuviéramos en un estado muy diverso, no habrían subido al cielo, ni la sangre de los santos habría bañado la tierra, exigiendo venganza. Pero nosotros vivimos entre hombres, que detestan la paz y se regocijan en la guerra. Sus corazones implacables, sus pasiones sanguinarias y homicidas, sus actos crueles y atroces son contrarios á la naturaleza, repugnan á la humanidad, y no hay pluma, que pueda describirlas. Esta es una historia de dolores, de lamentos y de miseria, es un cuadro horrible y penoso, y la humanidad no puede contemplarle sin afligirse. Los tiranos, los salvajes y las bestias feroces no perpetran crímenes semejantes. ¿Es posible suponer, que despues de haber matado á un hombre, se lleve la ferocidad hasta el extremo de mutilar su cadáver? ¿Es posible suponer que haya criaturas humanas tan crueles, que arranquen de las manos á una pobre mujer un cacho de pan, que sus hijos hambrientos la piden llorando? ¿Es posible creer que hay hombres que violan á las mujeres no solo por lúbricos deseos sino tambien por pasatiempo y diversion? ¡Todas estas escenas horribles hemos presenciado en el Misuri!»

(1) Los Mormones se dan á sí mismos el nombre de *Santos de los últimos días*, porque creen, llevados en alas de su fanatismo y de sus delirios, que son el último pueblo de elección.

«Y todas estas atrocidades se cometen contra los santos de los últimos días, contra esos santos, que no han perjurado á nadie ni hecho mal ninguno, contra un pueblo, que ha dado testimonios de amor hacia el Dios eterno, contra un pueblo inocente y virtuoso, contra un pueblo, que lo ha sufrido todo con paciencia, y que lo perdona todo. ¡Oh Dios, omnipotente, creador del cielo, de la tierra, de los mares y de todo lo que contienen: tú, que sujetas y tienes bajo tu dominio á los demonios y al tenebroso reino de Satanás, extiende tu mano, fija tu mirada sobre nosotros, ayúdanos á llevar nuestro pabellon, inclina tus oídos á nuestros ruegos y á nuestras plegarias, que se enternezca tu corazón, que se conmuevan tus entrañas, que tu pueblo escite tu compasión, que tengamos un lugar, un paraje en donde refugiarnos. Enciéndase tu cólera contra nuestros enemigos, deja caer la espada de tu ira contra esos hombres indignos y perversos: tú solo puedes vengarnos. Hermanos muy queridos, veremos realizar, no lo dudeis, los tiempos profetizados en edades muy remotas, y es muy cierto que se cumplirán todas las cosas que están escritas en los libros de los profetas. Levantad los ojos á la bóveda celeste, mirad al astro alumbreador del día y decidle: «Muy luego un tupido velo cubrirá tu resplandeciente rostro, porque así como obediente á la voz del que te dijo: «que la luz aparezca, y la luz apareció», ahora la retirarás. Y tú, ó luna, astro nocturno y menos reluciente, te convertirás en sangre. Si, nosotros veremos cumplir las profecías de los últimos días, y veremos llegar el tiempo en que el Hijo del hombre descenderá de las nubes con gran poder y una gran gloria.»

El valor indomable de Smith en medio de los mas graves riesgos y su firme confianza en el triunfo definitivo de sus doctrinas, prueban, como queda consignado al principio de este artículo, que la exaltación de su mente y su entusiasmo le llevaron hasta el extremo de creerse un verdadero apóstol, encargado de la sublime misión de regenerar el mundo: Amadeo Pichot en su libro de los Mormones dice lo propio. Sea como fuere, lo cierto es, que José Smith llegó á adquirir tanto prestigio y tanta fama entre sus sectarios, que muchos afirmaban con íntima convicción y no por motivos mundanos, que Smith era el predilecto del Señor, el verdadero y último profeta del nuevo Israel, y el heredero legítimo de los antiguos patriarcas. Sus últimos momentos y su muerte alevosa han perpetuado su nombre, y los Mormones honran y glorifican su memoria como la de un mártir de su fé y santidad. Acusado José Smith por sus enemigos y por el populacho del Illinois, que le culpaban de sedición y de otros crímenes atroces, se sometió voluntariamente á las autoridades constituidas, y dijo que aceptaría su fallo, si no le declaraban justificado de las acusaciones calumniosas que acababan de lanzarle sus enemigos. Fué, pues, reducido á prision y se le encausó. Pero persuadido de que eran muchos y muy poderosos los que se habian propuesto destruirle, dijo antes de entrar en la cárcel: «Voy como una oveja al matadero.» Con efecto, el populacho, instigado por los enemigos de Smith, tan luego como supo su detención, acudió furioso y con armas á la cárcel. El gobernador de Nauvoo, capital del Illinois, en donde Smith estaba preso, queria protegerle y poner coto á la saña popular, pero no pudo lograrlo. Mucho gentío, apiñado, y lanzando descompasados gritos, comenzó á blasfemar contra José Smith y su hermano Hiram, que estaba tambien preso, y últimamente escalaron los muros de la prision; descargaron una multitud de tiros á la ventana del aposento en

donde estaba Smith con su hermano y los dos cayeron muertos. Entonces el pueblo se retiró, no dejando de maldecir con frenesí y feroz alegría á todos los Mormones.

SALVADOR COSTANZO.

(Se continuará.)

EL DUQUE Y LA DUQUESA DE BORGÑO

ó

EL FIN DEL GRAN SIGLO Y DEL GRAN REY.

Luis, duque de Borgoña, nieto de Luis XIV, nació en Versalles el 6 de agosto de 1697, casado con la princesa Adelaida de Saboya, fué Delfín de Francia por la muerte de

su padre Luis, y en la historia se le conoce con el nombre del gran *Delfín* y murió en el mismo año que su padre en 1712.

El nacimiento del duque de Borgoña fué un grande acontecimiento para la Francia, que lo recibió con el mayor júbilo.

Niño todavía, era indomable, impetuoso, furioso: incomodándose contra cualquier obstáculo, irritábase de la lluvia y del mal tiempo, no queriendo hacerse cargo de nada, y resistiendo con la misma energía á la ternura, á la amenaza, á la recompensa y al castigo. Había nacido con todas las pasiones mas violentas, mas opuestas, mas peligrosas, así es que todos temblaban acercarse á él; sus hermanos mismos le tenían miedo. Era tanto mas funesto este mal genio, cuanto que recia sobre un fondo inagotable de inteligencia, de talento, de penetración y de una infatigable aplicación en estudiar todo, en adivinarlo todo y en reunir casi á una misma hora una série de estudios que parecían incompatibles unos con otros. Apenas se le daba una



Alrededores de Cambray.

lección ya la sabía, y era un prodigio de inteligencia. Su físico, era como su espíritu, se desarrollaba con demasiada celeridad. El rey Luis XIV, contemplaba no solo sin disgusto, sino con íntima alegría, aquel hijo increíble del Delfín, de aquel Delfín indiferente, sin vicios y sin virtudes, y á quien no había bastado á sacar de su letargo todo el gran genio de Bossuet. Cuanto menos se parecía á su padre el duque de Borgoña, mas esperanza fundaba sobre él su abuelo que le quería mucho, quizá tanto por sus defectos como por sus virtudes.

Para domar aquel carácter inflexible y feroz, llamó el rey

al abate Fenelon, uno de los hombres y grandes genios de su siglo. Tanto hizo y con tanta habilidad Fenelon, que verificó un verdadero milagro, porque cambió totalmente el carácter del duque de Borgoña, haciendo de un hombre furioso, un hombre pacífico, y de un hombre orgulloso, un príncipe modesto, cuando apenas tenía diez y ocho años.

Aquel príncipe fogoso que causaba miedo á los mas valientes, fué por su conducta y por su moderación, una especie de censor de todos los desarreglos de la corte. El rey su abuelo, á fuerza de estimarle concluyó por temer la austeridad de su nieto. Su padre el Delfín se escondía para